



Nuestra hipocresía.

AL ADMITIR QUE LOS ANIMALES TIENEN MENTES SIMILARES A LAS NUESTRAS, PARECE COMO SI ESTUVIERAMOS EVOLUCIONANDO EN NUESTRA RELACIÓN MORAL CON OTRAS SPECIES. NO SE DEJE ENGAÑAR, DICE **GARY FRANCIONE**

© **Gary L. Francione** *
© Traducción: **Ana María Aboglio** *

©2005 Gary L. Francione del original en inglés.



www.anima.org.ar

¿Tienen los grandes simios, los delfines, los loros, y quizás incluso los animales “de consumo”, ciertas características cognitivas que autorizan a otorgarles mayor consideración ética y protección legal?

Una considerable literatura así lo argumentó en tiempos recientes. La idea central detrás de esta empresa es la noción de que debemos reconsiderar nuestra relación con los no humanos, si encontramos que tienen inteligencia, autoconocimiento, o que tienen emociones. Desde el momento en que los no humanos tienen mentes parecidas a las nuestras, dice el argumento, tienen intereses similares, y son merecedores de mayor protección debido a estos intereses. Este enfoque de las “mentes similares” ha generado una industria de etólogos cognitivos ansiosos de investigar –irónicamente con frecuencia a través de varios tipos de experimentos con animales–, el punto hasta el cual *ellos* son como *nosotros*.

Es asombroso que 150 años después de Darwin, estemos aún tan sorprendidos de que otros animales puedan tener algunas de las características consideradas como únicamente humanas. La proposición de



que los humanos tienen características mentales totalmente ausentes en los no humanos es inconsistente con la teoría de la evolución. Darwin afirmaba que no hay características humanas singulares, y que había solo diferencias cuantitativas y no cualitativas entre las mentes humanas y no humanas. Argumentaba que los no humanos pueden pensar y razonar, y que poseen muchos de los mismos atributos emocionales de los humanos.

Lo que es más preocupante en relación al enfoque de las mentes-similares es sus inferencias para la teoría moral. Aunque aparece como si fuera progresivo, al indicar que nosotros realmente estamos evolucionando en nuestra relación moral con otras especies, el enfoque de las mentes-similares de hecho refuerza el mismo paradigma que ha dado por resultado nuestra exclusión de los no humanos de la comunidad moral. Históricamente hemos justificado nuestra explotación de los no humanos sobre la base de que hay una diferencia cualitativa entre humanos y otros animales: estos últimos pueden ser sintientes, pero no son inteligentes, racionales, emocionales o autoconscientes.

Aunque el enfoque de las mentes-similares afirma que, empíricamente, pudimos haber estado equivocados en el pasado, y que al menos algunos no humanos pueden tener algunas de estas características, no cuestiona la afirmación subyacente de que ninguna característica excepto la de estar dotado de sensación -la capacidad de sentir-, sea necesaria para una significancia moral.

Líneas arbitrarias

Cualquier intento de justificar nuestra explotación de los no humanos basado en que le faltan características “humanas” da por sentado la cuestión moral, asumiendo que ciertas características son especiales y justifican un tratamiento diferencial. Incluso, si, por ejemplo, los humanos fueran los únicos animales que pueden reconocerse a sí mismos en espejos o comunicarse a través de lenguaje simbólico, el no humano es capaz de volar, o de respirar bajo el agua, sin asistencia. ¿Qué hace a la habilidad para reconocerse a sí mismo en un espejo o usar lenguaje simbólico mejor, en un sentido moral, que la habilidad de volar o respirar bajo el agua? La respuesta, por supuesto, es que *nosotros* lo decimos, y es en nuestro interés decirlo así.

Además del interés propio, no hay ninguna razón para concluir que las características consideradas como únicamente humanas tengan algún valor que nos permita usarlas como una justificación no arbitraria para explotarlos. Más aún, incluso si a todos los otros animales les faltara una característica particular más allá de la capacidad de sentir, o pose-



yeran esa característica en un grado menor que los humanos, tal diferencia no podría justificar la explotación humana de los no humanos.

Las diferencias entre humanos y otros animales pueden ser relevantes para otros propósitos. Ninguna persona sensata estaría de acuerdo en que los animales no humanos condujeran autos, votasen o asistieran a la universidad, pero tales diferencias no tienen relación con la cuestión sobre si deberíamos comerlos o utilizarlos en experimentos. Reconocemos esta conclusión cuando tiene que ver con humanos. Cualquiera sea la característica que identifiquemos como únicamente humana, se verá en un menor grado en algunos humanos y de ningún modo en otros. Algunos humanos tendrán la misma deficiencia que nosotros atribuimos a los no humanos, y aunque la deficiencia puede ser relevante para algunos propósitos, no es relevante para decidir si explotamos o no a tales humanos.

Considere, por ejemplo, la autoconciencia. Cualquier ser sintiente debe tener cierto nivel de autoconocimiento. Ser sintiente significa ser la clase de ser que reconoce que es aquel ser, y no otro, quien está experimentando sufrimiento o aflicción. Incluso si definimos arbitrariamente autoconciencia en un modo exclusivamente humano como, digamos, ser capaz de pensar acerca del pensamiento, a muchos humanos, incluyendo aquéllos que están mentalmente incapacitados de gravedad, les falta este tipo de conciencia. De nuevo, esta “deficiencia” puede ser relevante para algunos propósitos, pero no tiene relación con si deberíamos usar a tales humanos en experimentos biomédicos dolorosos o como donantes forzados de órganos. Al fin y al cabo, la única diferencia entre humanos y no humanos es la especie, y la especie no es más que una justificación para la explotación como la que sería la raza, el sexo o la orientación sexual.

Por esto es que el enfoque de las mentes-similares está desencaminado, y solo creará nuevas jerarquías especistas, en las que mudaremos a algunos no humanos, como a los grandes simios o a los delfines, adentro de un grupo preferente, y continuaremos tratando a todos los otros como cosas con falta de intereses moralmente significantes.

Sin embargo, si queremos pensar con seriedad acerca de la relación entre humanos y no humanos, necesitamos concentrarnos en una, y solo una, característica: la capacidad de sentir. Lo irónico es que afirmemos tomar en serio el sufrimiento de los no humanos. Como una cuestión de moral social, estamos en forma unánime virtualmente de acuerdo en que es moralmente malo infligir sufrimiento “innecesario” o muerte a los no humanos. Para que esta prohibición tenga algún sentido, debe impedir el infligir sufrimiento en los no humanos simplemente por nuestro placer, diversión o conveniencia.



El problema es que aunque expresamos desaprobación por el sufrimiento innecesario de los no humanos, la mayoría de su sufrimiento y muerte pueden ser justificados solo por nuestro placer, diversión o conveniencia, y no puede por ninguna alcance caracterizarse verosímilmente como “necesario”. Matamos billones de animales anualmente para comida. No es “necesario” en ningún sentido comer carne o productos animales. Verdaderamente, un número en aumento de profesionales de la salud afirman que estas comidas pueden perjudicar la salud humana. Más aún, los científicos medio-ambientales han señalado las tremendas ineficiencias y costos de la agricultura animal para nuestro planeta. En cualquier caso, nuestra justificación para el dolor, el sufrimiento y la muerte infligidos a estos animales no humanos en granjas, no es nada más que nuestro disfrute del sabor de sus carnes.

Y ciertamente no es necesario usar no humanos para deporte, caza, entretenimiento, o testeado de productos, y hay una considerable evidencia de que la confianza en modelos animales en experimentos o testeado de drogas puede incluso ser contraproducente.

En suma, cuando se trata de no humanos, exhibimos lo que puede ser descrito de la mejor manera como esquizofrenia moral. Decimos una cosa acerca de cómo los no humanos deberían ser tratados, y hacemos completamente otra. Somos, por supuesto, conscientes de que nos falta un enfoque satisfactorio en la cuestión de nuestra relación con otros animales, y por algún tiempo hemos estado tratando de encontrar uno.

Si tomáramos en serio el principio de que es moralmente malo infligir sufrimiento innecesario a los no humanos, dejaríamos totalmente de traer animales domésticos a la existencia para uso humano, y nuestro reconocimiento del estatus moral de los animales no dependería de que un loro pueda entender matemáticas o un perro reconocerse a sí mismo en el espejo. Tomaríamos en serio lo que Jeremy Bentham dijo hace 300 años atrás: “La cuestión no es, ¿pueden razonar?, no es ¿pueden hablar?, sino ¿pueden sufrir?”

**©2005 Gary L. Francione del original en inglés. Por favor no reproducir sin permiso por escrito del autor, el cual puede encontrarse en gfrancione@kinoy.rutgers.edu. Este artículo apareció originalmente en The New Scientist, 8 June 4-10, 2005, p. 51-52.*

©Traducción: Ana María Aboglio. Por favor no reproducir esta traducción sin permiso por escrito de la autora, bajo los derechos reservados por Anima.